

Alberto Fernández

La crisis y las enseñanzas del 2001

Alberto Fernández
Jefe de Gabinete de Ministros

La crisis del 2001 fue el resultado de dos procesos en principio contradictorios, pero igualmente nocivos para la actividad política. Por un lado, la renuncia de la política a encarar transformaciones imprescindibles que chocaban con los intereses de los sectores dominantes, los organismos financieros y los mercados internacionales. La Alianza se sumió, desde el comienzo, en la resignación del posibilismo, abandonando sus propuestas más innovadoras de cambio. La voluntad política se redujo a la mera administración de lo existente.

Por otro lado, y en un sentido opuesto, la crisis de 2001 fue el corolario de meses de voluntarismo extremo. Si la falta de decisión es dañina para la política, suponer que una sola persona puede con todo es igualmente perverso. La gestión de Domingo Cavallo se caracterizó por este rasgo de creer que un "salvador" pasaría por encima de todos los constreñimientos políticos y económicos, de todas las dificultades, de todos los escollos. Posibilismo y mesianismo no son atributos de una política realmente transformadora y renovada.

Surge entonces la gran pregunta sobre si la crisis de 2001 era evitable o no. A fines de 1999 y comienzos del 2000, hubo un atisbo de recuperación. Ciertos indicadores mostraban la posibilidad de salir de la recesión. Sin embargo, la gestión de Fernando De la Rúa y José Luis Machinea optó, de inmediato, por una salida ortodoxa de la crisis. Se priorizó el ajuste de las cuentas fiscales y continuar como un alumno aplicado del Fondo Monetario Internacional, con la expectativa (finalmente vana) de reducir el riesgo país, abaratar los intereses pagados por el Estado y atraer capitales. Pese a eso, cada medi-

da, cada ajuste, no era más que un parche, que moderaba el riesgo país unas pocas horas hasta que éste volvía a escalar.

La ortodoxia de Machinea trató de ser profundizada por Ricardo López Murphy y sus asesores Daniel Artana y Manuel Solanet. La universidad pública se convirtió en uno de las grandes variables de ajuste de esa (brevísima) gestión, demostrando bien cuáles sectores consideraban prioritarios y cuáles no para el país. Estos grandes críticos de los gobiernos ajenos pasaron dos semanas elaborando un plan, y al momento de presentarlo renunciaron.

Allí aparece Domingo Cavallo. Su gestión fue el extremo del voluntarismo, al creer que sólo él podía sacar a la Argentina de sus problemas, y que con él alcanzaba para eso. No era necesaria la construcción política, no importaba la crisis del oficialismo, no había que escuchar otras voces: Cavallo creía que su propia persona trascendía todo eso. A ese mesías se le entregaron los (en este caso bien llamados) "superpoderes": autorización a emitir deuda y brindársela a los bancos, a cambiar el rol de los empleados públicos, a transferir organismos autárquicos a las provincias, a convertirlos en sociedades anónimas y eventualmente privatizarlos, a dar o quitar extensiones impositivas, a garantizar la deuda con recaudación impositiva, entre otras cosas. Y así su gestión terminó por acelerar y magnificar la crisis, que se convirtió en un gigantesco quiebre económico, político, social e incluso cultural.

La crisis fue consecuencia, entonces, de un modelo económico inviable e insostenible, y de una gestión política completamente inadecuada. Cuando el gobierno de entonces contaba todavía